

El niño del milagro



Julián García Rosal
Revista EVOCA
2017

Año 1951.

4 de septiembre, Cabra, calle Toledano número 10. La torre de la Parroquia se ve desde la ventana de una casa humilde.

Un niño de nombre Julián contaba con 14 años y llevaba desde los 9 postrado en una cama, víctima de una pertinaz meningitis que le había atacado y le privaba del habla, y que en aquellos tiempos de hambre y oscurantismo que asolaba la España de la guerra civil, se estaba llevando a los chiquillos como chinches.

Sufría terribles ataques que su madre, Rafaela, calificaba como de locura, y en los que arrasaba con todo lo que se encontraba a su paso. Espasmos, bocados, todo convertido en jirones de ropa...

Invalidez se encontraba. Oír si oía.

Su madre le contaba que tenía que liarlo en un mantón para llevarlo, mientras los pies le arrastraban, la calle Álamos arriba hasta la casa de D. José Luis González Meneses, médico del pueblo, cada vez que sufría uno de esos terribles ataques.

Del arrabal a la ciudad. De la oscuridad y el miedo a la ciencia. Abajo y arriba.

Mientras escuchaban como subía la Virgen la cuesta de la calle Mayor hacia su cobijo septembrino, su madre le decía: "Julián pide a la Virgen que te pongas bueno". "Juli", "¿le estas pidiendo?", le repetía.

Al sonar las campanas de la Iglesia cuando la Virgen terminaba de subir la cuesta, Julián, entre dientes, masculló "Ay madre", y su madre pensó que exhalaba sus últimas palabras.

Aquella Virgen la abrazó San Lucas, y llevaba el manto rojo. El favorito de Julián.

Julián Muñoz Lama (27/11/1936)

En una primera visual cuando entras a su casa, ves cuadros de santos y cofradías. Los sayones, de los que después te comenta que fue hermano mayor 5 años, el Silencio, San Rodrigo y por supuesto, la Patrona.

Julián estuvo más de treinta años vistiendo a la Virgen, y ¿Cuál era su manto favorito? El manto rojo. "Se me quedaba que ni pintao" comenta con satisfacción. Nos habla con asombro del pelo de la Virgen, y como ni se le limpiaba ni se le hacía nada y este brillaba como el oro.

"Es que la Virgen tiene un privilegio, que la abrazó San Lucas". No para de repetir.

"Cada vez que le ponía a la Virgen el manto rojo venía contento", comenta su mujer.

Julián vistió más de 30 años a la Virgen. A la otra Virgen. La de antes de la restauración. La que conservaba esa aureola de lo desconocido. Del privilegio de unos pocos y la esperanza de muchos. Su lejanía, su inaccesibilidad, le otorgaba el misticismo del que gozaba.

De lo nunca expuesto. Aquella que cuando se expuso públicamente provocó el daño de mucha gente antigua.

Julián, cuando era un chiquillo, aprendió muchas de las cosas que sabe de la Iglesia y de los santos de "Torito".

"Torito", era un zapatero remendón, por medio del cual aprende lo que sabe de arreglar a la virgen y llega a ser hermano mayor de la columna durante 5 años. Hace 50 años de eso.

Julián vivió una infancia casi rodeado de curas, en la Escuela del Ave María. Don Antonio Povedano, Don José Burgos... Don José le daba clases "de balde", y Don Antonio Povedano una vez le dijo que lo iba a castigar por quitarle el cascabel a su gato y acabó dándole una peseta con la que comieron todos en su casa ese día.

"La Virgen de la Sierra lo es todo para mí".

Esa es su respuesta cuando le preguntas que supone la venerada imagen para Julián.

Julián tuvo distintos médicos, D. José Luis González Meneses, D. Miguel Rodilla, D. Rafael Osuna y D. José Valdivieso, y todos compartían un diagnóstico común. Julián entregaba la cuchara. No saldría de aquella.

"Felipín" Serrano, practicante, le ponía inyecciones "a los siete huesos" para intentar mitigar su dolor... alguno de los médicos quería ponérselas para terminar con aquella agonía. Rafaela les decía, "que me lo quite Dios, que es quien me lo ha dado".

Eran unos tiempos de miseria y hambre. Tiempos difíciles, de desconocimiento y pocos recursos. Los niños se criaban con muchas dificultades. Donde la penicilina se conseguía de estraperlo, a 3000 pesetas. Lo que costaba una casa.

Cuando todo aquello pasó, Don José Luis González Meneses le decía, y él lo recuerda con una sonrisa de satisfacción..., "parece que lo estoy viendo como me decía... Julián, yo lo creo porque lo estoy viendo, pero esto no tiene explicación".

20 años después la Iglesia confirmó el milagro.

El momento álgido de la tarde se alcanza cuando Sierrita, la mujer de Julián, habla del pijama que llevaba el niño aquel lejano cuatro de septiembre. En ese momento el tiempo se detiene. Y no solo metafóricamente. Ella habla de un legado que fue recibido de manos de su suegra, y que cuando llegue el momento, ellos serán los responsables de decidir qué hacer con él. Se trata de un trozo de tela rasgada, hecha jirones, que se ha conservado en el tiempo tal cual. Doblado con tres dobleces exactamente, y guardado tal y como ella lo recibió. No ha recibido ni un solo lavado desde entonces.

Yo no lo quise ni tocar.

Es tal la carga mística... mágica... que ese trozo de tela guarda, que después de mucho cavilar ni siquiera mostraré una foto. Espero que entiendan que por respeto, prudencia y hasta pavor, dejare ese legado en la intimidad de la familia. Nos comenta Sierrita que nunca ha salido de su casa. Bueno, realmente si salió una vez, y esto, como los secretos que se guardan Julián y su amada Patrona, se lo quedan ellos. Es un momento mágico en el que sientes que estas cerca de un inexplicable pedazo de la pequeña historia sentimental y devocional de Cabra.

Punto y aparte. Vello de punta en una calurosa tarde de julio.

La conversación pasa por diferentes fases y distintos momentos que recorren la historia más reciente de la Sierra, de la Cofradía, de las gestoras, de los costaleros, del Peñón de la Beata, de 100 anécdotas entre dos amigos. Entre dos costaleros. Entre dos personas que juntan 150 años y se profesan admiración mutua.

Calzones de paten y botas gargalleras, es lo que llevaban los costaleros que subían y bajaban a la Patrona. Los que se hicieron cargo después de aquellos costaleros "pagaos", que también hacían su ejercicio de devoción a cambio de una limosna encubierta.

Rebuscando entre documentos gráficos que atestigüen el milagroso acontecimiento, encontramos un ejemplar de prensa local. La Opinión del día 7 de noviembre del año 1951, refería según el prestigioso pediatra D. José Luis González Meneses, "Julián padecía gravísimos síntomas de meningoencefalitis. Con muy pocas esperanzas de salvarle, se le trató enérgicamente con antibióticos por vía raquídea, sulfamidas y todo lo que se consideró más adecuado. Y conservó la vida, pero quedó totalmente inútil: contracturas del cuello y tronco y parálisis espásticas de ambos miembros inferiores, que se fijaron en inflexión forjada. Quedó, también, mudo y afecto de unos ataques, repetidos diariamente, durante los cuales profería gritos y gemidos inarticulados".

Continuaba el médico en el citado artículo, "el niño permanecía paralizado, incapaz de incorporarse de la cama, sin poder hablar y casi esquelético, de puro desnutrido". "Esto, francamente, no tiene explicación. O al menos, yo no me lo explico. Porque si tras un reposo de un par de meses en cama se levanta uno sin poder dar un paso y necesita varios días para recuperar el libre juego de las articulaciones y la fuerza de los músculos, ¿Cómo se explica que este niño, tras permanecer postrado en su lecho, inerte y convertido en un garabato, incapaz ni de enderezar una rodilla, salga de pronto, andando, subiendo y bajando escaleras, tal y como si la noche de antes se hubiese acostado bueno y sano?

¿Verdad que parece un milagro? Para mí lo es, pero de los grandes"

Una de las ocasiones, quizás la única, en que también se escribió del milagro de Julián fue cuando se cumplieron 50 años del mismo. En el 2001, el recordado y añorado Paco Carmona escribió así de Julián.

Todos recordamos a Paco escribiendo desde sus miradores particulares, como él llamaba "Desde Sevilla", desde donde oteaba Cabra, con y sin acritud. Fue con motivo del 50 aniversario del milagro, y escribió unas líneas sobre su buen amigo Julián, un 4 de septiembre, antes de las 4 a las 4, que él mismo inmortalizara.

Decía así: "Hoy, al cabo de los cincuenta años busqué a Julián en la Sierra. A eso de las tres llegó andando como si tal cosa. Un poco sudoroso, pero nada más, y ya ha cumplido los 65 años. ¿Quedó bien curado? Porque me parece que son pocos los que con esa edad, son capaces de subir hasta la Ermita con esta fuerza y frescura ¡Madre de Dios!"

Paco Carmona. Genio y figura.

Julián lo recuerda con afecto, dice como Paco le ayudó mucho, y como un día, tal y como hemos hecho nosotros, fue a su casa a hacerle una "entrevista". También recuerda cuando su hija María José le hizo la foto que ilustra este artículo para una colección de retratos.

Gracias María José por la deferencia en la cesión de dicha fotografía.

Julián es un hombre muy agradecido. Siempre, siempre, habla con una gran sonrisa de agradecimiento en la cara de todas las personas buenas que se han portado bien con él.

Por último se recogen unas plegarias antiguas de Trillo que versan sobre el milagro y dicen así

... como es tan milagrosa

Este día dejo un recuerdo

Porque su gracia divina

La llevó un angel al Cerro

A una casa que había un niño

Paralítico "mu" enfermo

El niño se estremeció

Como el que le da un repelo

Y después llamó a su madre

Mama ver la Virgen quiero

La madre lo vio vestirse

Y que andaba "mu" ligero

Y dio un grito de alegría

Es un milagro del cielo

El niño le dijo Si

Yo vi la Virgen primero

Luego una luz celestial

Que entró y envolvió mis remos

Y una voz que me decía
Levántate que ya estas bueno
Como todo el pueblo sabe
El milagro es verdadero
Y todo aquel que no crea
Que se mire en este espejo...

Julián y Sierrita son un matrimonio que se quieren. Julián sonríe pícaramente como cuando le quitó el cascabel al gato del cura. Es consciente de que no cuenta todo lo que sabe. Su mujer también lo es.

Y a la media hora de estar allí, todos lo sabemos también.

El resto de la historia se la va a llevar él. Se lo ha ganado. Son secretos que se guardan su Virgen y él, que para eso pasó tanto tiempo tan cerca de Ella.

Esa tarde de julio, un hombre me ha alegrado el día. Él se ha alegrado la vida, no hacía falta nada más que verle la cara, recordando cosas de su Virgen de la Sierra.

Mi último recuerdo de ese día siempre será el abrazo con el que me despedí de un hombre lleno de vida.